

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

TERRY MASTERS

**INVESTIGACIÓN
SOBRE PAÑALES**

UNA HISTORIA DE ABDL

Investigación sobre pañales

Investigación sobre pañales

por
Terry Masters

Primera publicación: 2023

Derechos de autor © AB Discovery y Unicorn Tales

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y el autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Título: Investigación sobre pañales

Autor: Terry Masters

Editores: Rosalie Bent y Michael Bent

Editorial: AB Discovery y Unicorn Tales © 2023

www.abdiscovery.com.au

Contenido

Investigación sobre pañales	2
Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	18
Capítulo 3.....	28
Capítulo 4.....	35
Capítulo 5.....	40
Capítulo 6.....	44
Capítulo 7.....	57
Un año después . . .	60

Capítulo 1



—¿Qué tipo de investigación de productos? —preguntó David mientras seguía con la mirada las piernas bien formadas de la mujer a través de la oficina.

Tenía que admitir que ella le fascinaba. Era recatada y bonita, tenía un aire altivo y culto, y no se dejaba intimidar por nadie. Su falda de cuero le sentaba como una segunda piel. Hacía tiempo que había notado las medias con costuras negras que parecían conectar el cuero brillante con sus altos zapatos de charol negros. Otra parte de su atención estaba centrada en su trasero bien formado, buscando alguna pequeña señal de que llevaba medias en lugar de pantimedias. En realidad, no estaba escuchando su monólogo sobre la línea de productos de la empresa o la naturaleza de la «investigación» para la que lo estaban contratando.

“No te preocupes. Vendrás conmigo a mi casa de verano para ayudarme a diseñar el nuevo catálogo. Debería llevarte tres semanas, así que asegúrate de que no tendrás ningún compromiso durante ese tiempo. La hija de mi hermana se unirá a nosotros”.

“¿Vamos a trabajar sin descanso durante tres semanas?”, preguntó David, preguntándose por qué estaba tan preocupada por eso.

Su tono se endureció. “Pronto aprenderás a no cuestionarme de esa manera. Habrá poco o ningún contacto con el mundo exterior. Debemos asegurarnos de que nuestra competencia no se entere de nuestra nueva línea de productos”.

Tímidamente, David se dio cuenta de que lo habían sorprendido mirándole los pechos: “¿Y qué sería eso?”

—Una gama de accesorios adecuada para nuestra exitosa línea de suministros para personas con incontinencia y para asilos de ancianos. Eso es todo lo que necesita saber por ahora. —Volvió a sentarse frente a él y David estuvo casi seguro de que quería que viera un poco de la parte superior de las medias mientras cruzaba las piernas. Ahora una sonrisa más suave reemplazó su ceño fruncido—. No necesitará mucha ropa. La cabaña está muy bien equipada y nos ocuparemos de todas sus necesidades.

La entrevista había terminado. De repente, él se dio cuenta de que ella ni siquiera le había preguntado si quería el trabajo. Había leído su fascinación como si fuera un libro y había asumido correctamente que él no podía soportar rechazar la oportunidad de estar con ella.

David tuvo que buscar en Internet el significado de «incontinente», pero la descripción trillada del diccionario no le molestó demasiado. Le preocupaba más la profunda atracción que sentía por su nueva jefa y el poder que parecía emanar de ella. El breve vistazo a sus medias lo perseguía y no podía apartar el recuerdo de ella de su mente. Cuando llegó a la puerta de la finca que ella había llamado tan modestamente «una cabaña», estaba enamorado de ella y ciego a las muchas pistas que predecían su destino.

En otro estado de ánimo, podría haber notado las ventanas enrejadas del piso superior, las puertas cerradas con llave y los altos muros de piedra, bordeados de alambre de púas. Podría haber cuestionado estas medidas elaboradas e inapropiadas, pero en lugar de eso, se anunció a través del intercomunicador y condujo lentamente por el camino de entrada. Se empapó de la visión que ella le presentó cuando lo saludó.

Su largo cabello castaño enmarcaba un rostro en forma de corazón cuyo principal acento era el brillo rojo intenso de sus labios. El maquillaje alrededor de sus ojos los hacía oscuros y

misteriosos. Llevaba un sencillo vestido negro con una abertura en el costado de la falda. Encaramada en sus tacones de diez centímetros, era apenas un poco más alta que él. Por la mirada en sus ojos, parecía estar más que contenta de que él hubiera llegado.

David no podía imaginarse que estaba cayendo en una trampa cuidadosamente preparada. Consciente del hechizo que estaba lanzando, Samantha lo condujo hábilmente a su estudio, dándole oportunidad más que suficiente para estudiar sus piernas y las medias negras transparentes con costuras que había elegido cuidadosamente solo minutos antes de que él llegara. Estaba emocionada con él. Había decidido que sería divertido entrenarlo y no podía esperar a ver su rostro cuando finalmente se diera cuenta en qué se había metido. Porque, sin duda, no saldría de allí hasta que ella hubiera terminado con él.

—Hay algunas cosas que deberían decirte antes de que comencemos nuestros experimentos —dijo mientras caminaba de un lado a otro frente a él. Sus tacones marcaban la cadencia de sus palabras. Notó que David había hecho una mueca al oír la palabra «experimentos». —Jennifer se ocupará de ti. Llámala para lo que necesites. Tiene toda mi confianza y puedes tomar sus instrucciones como si yo las hubiera dado. Se oyó el sonido de una puerta al abrirse y él se dio la vuelta para ver a una chica rubia muy alta y bonita con un uniforme de enfermera blanco almidonado. — Ahí estás, querida. Este es David, tu nuevo a cargo. Te sugiero que lo prepares y luego se lo presentes a Susan antes de la cena. —Esperó un breve asentimiento de reconocimiento antes de continuar—. ¿Y cómo está mi querida sobrina?

—Ahora está más tranquila, señora. No le agradó volver, pero se está adaptando bien a su entorno.

—Haz que su primera noche sea memorable, ¿no? Tal vez sea un buen momento para que ella y David compartan una charla

íntima. Samantha lo miró y sonrió lentamente, disfrutando de la confusión que se reflejaba en el rostro de su víctima.

De repente, David se sintió muy asustado. Decidió que no le gustaba nada cómo sonaba la situación. Casi instintivamente, corrió hacia la puerta, esperando pasar junto a la delgada enfermera y llegar a su coche antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. En cambio, la enfermera, casi con naturalidad, extendió la mano y lo puso boca arriba, la fuerza de la caída lo hizo dar vuelta. Mientras yacía allí débil y jadeante, ella lo giró y con destreza le colocó un par de esposas, asegurándole las muñecas detrás de la espalda. Cuando recuperó el sentido, miró hacia arriba y vio a las dos mujeres de pie junto a él. Ambas tenían expresiones de lástima despreciable. Tembló de miedo y de repente sintió unas ganas tremendas de orinar.

“David, ya es demasiado tarde para pensarlo dos veces. Jennifer te preparará para la investigación en la que estás a punto de participar. Te sugiero que hagas lo que ella te diga. Es más que capaz de someterte por la fuerza y tiene una vena sádica desagradable que te hará llorar mucho si la haces enojar. Ve con ella ahora y coopera. La vida será mucho más fácil si lo haces”.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó David en pánico mientras la enfermera lo ayudaba a ponerse de pie.

Samantha le dio la espalda mientras contemplaba la vista del jardín desde su ventana. “Oh, creo que la primera vez que veas a Susan aprenderás mucho más de lo que yo podría decirte. No te preocupes, pasarás la noche con ella y estoy segura de que compartirá contigo su amplia experiencia”. Hizo un gesto con la cabeza a la enfermera y David salió de la habitación con brusquedad.

Aturdido, David subió las escaleras con una sensación de pavor cada vez mayor. Algo iba mal, terriblemente mal. Pasaron del

segundo piso al tercero. Una puerta de acero, ancha y de aspecto institucional, les impedía el paso hasta que Jennifer sacó una llave que llevaba atada al bolsillo con una cadena. Se aseguró de que la puerta volviera a quedar cerrada una vez que la atravesaron.

—Eh, tengo que ir al baño —murmuró David mientras observaba a Jennifer dejar la llave en su sitio. Ella lo miró, sonrió y le hizo un gesto con la mano para que entrara en la habitación. Esperaba alivio, pero lo que vio le provocó un nuevo escalofrío.

Era un mundo totalmente diferente al de la madera pulida y los muebles antiguos de la mansión que había debajo de ellos. Estaba de pie en una especie de sala de hospital. Dos camas, cuyas jaulas cromadas las hacían parecer más bien cunas de bebé de gran tamaño, estaban contra una pared. El resto de la habitación estaba ocupada por varias piezas de equipo médico, una mesa de obstetricia aquí, una mesa de exploración por allá. No podía desenredar el laberinto de cromo y equipo. Finalmente, sus ojos se posaron en los suaves movimientos que provenían de una de las cunas. Sólo entonces oyó los suaves gemidos y quejidos susurrantes. Jennifer lo condujo hacia allí hasta que retrocedió ante lo que vio.

Los barrotes que formaban los lados de la cuna eran gruesos y pesados, pero no impedían que su curiosidad se detuviera. En el interior había una jovencita muy bonita, con los brazos cruzados sobre el pecho por la camisa de fuerza de lona que llevaba. Las correas iban desde los codos hasta los lados del colchón. Le habían insertado en la boca un tapón tipo chupete grande que se mantenía en su lugar mediante una correa ancha de cuero que le atravesaba las mejillas. Sus piernas estaban bien separadas por esposas en los tobillos sujetas a una banda de correas que recorría el pie de la cama. Más correas iban desde la base de la camisa hasta entre sus piernas, presionando y separando, pero sin ocultar, las bragas de plástico translúcidas y el pañal grueso que había debajo.

Ella lo miró por encima del borde circular de la mordaza que tenía en la boca y, durante un largo momento, sus ojos se encontraron. Luego, un espasmo pareció apoderarse de ella y puso los ojos en blanco, chillando y gruñendo mientras su cuerpo se estremecía. Cuando finalmente lo miró de nuevo, tenía lágrimas en los ojos. David estaba empezando a adivinar lo que estaba a punto de sucederle. La voz de Jennifer rompió el hechizo.

—¿Ya estás vacía, Susan? —se burló—. ¿Necesitas otro enema? ¡Tal vez deberíamos hacer que lo retengas un poco más esta vez! —Su voz era tranquila, pero las palabras provocativas fueron recibidas con una ráfaga de protestas ahogadas por parte de la figura atada e indefensa. La nariz de David captó el inconfundible olor de un pañal sucio y casi se atragantó. Estaba temblando cuando Jennifer lo empujó hacia la puerta al final de la habitación.

La visión del «baño» le hizo olvidar por un momento la presentación que había hecho de la desdichada Susan. En el centro de sus múltiples características había un trozo de tubo de metal, suspendido del techo mediante una gruesa cadena, al que se habían fijado en cada extremo de su longitud de un metro un par de esposas de cuero, abiertas y listas para colgar. La humedad del aire y los pequeños charcos de agua en el suelo sugerían que no había pasado mucho tiempo desde que Susan había visitado ese lugar como para colgarse de esas mismas esposas.

“ Por favor”, suplicó mientras lo empujaban para que se colocara en posición, “realmente necesito orinar. ¿No puedo ir al baño antes de que haga lo que sea que vayas a hacer?” Para su consternación, Jennifer solo sonrió y negó con la cabeza.

La enfermera tenía suficiente experiencia como para no correr riesgos. Se acercó a un interruptor en la pared y bajó el trapecio de modo que las esposas que esperaban estuvieran a la altura de las manos atadas de David. Luego colocó una de las esposas de cuero antes de abrir las esposas. David estaba

demasiado confundido para contemplar algo heroico y dejó que le sujetara la otra muñeca sin protestar. El terror y su creciente necesidad de aliviarse ahora dominaban sus pensamientos. Jennifer volvió al interruptor y David sintió que le levantaban los brazos por encima de la cabeza hasta que quedó apoyado sobre las puntas de los pies, una posición que no le resultaba cómoda y así se lo dijo a Jennifer.

—Cállate o te daré motivos para quejarte de verdad —dijo con dureza.

Ella trajo un carro en el que estaba colocado un surtido de instrumentos quirúrgicos. Sus ojos se abrieron de par en par al ver el acero pulido y amenazador. Ella eligió un bisturí y lo sostuvo ante sus ojos por un breve momento, disfrutando del miedo que le causaba, luego agarró la manga de su camisa y comenzó a pasar la hoja por ella, separando la tela como si fuera papel. David abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor después de que el acero brillante pasó a centímetros de su rostro. Temblaba de miedo cuando el lado sin filo de la hoja acarició su piel mientras recorría su cuerpo. Su ropa cayó en jirones a sus pies y con ella su orgullo y gran parte de su voluntad de resistir.

Finalmente desnudo, sintió frío y miedo. Jennifer se acercó a un lavabo y empezó a llenar un recipiente con agua jabonosa. El sonido del agua corriendo era más de lo que su torturada vejiga podía soportar y gimió en voz alta cuando un fuerte chorro brotó de su caño y salpicó las baldosas. Jennifer se giró bruscamente y lo observó por un momento.

"Parece que serás bueno probando pañales".

—¿Pañales? —Alzó la cabeza de golpe al oír esa palabra. Después de ver a la pobre criatura en la otra habitación, debería haber admitido que pronto se uniría a ella, pero su mente había dejado en blanco esa posibilidad. No había forma de evadirla ahora.

—Por supuesto. ¿Qué crees que investigamos aquí? —dijo mientras acercaba el cuenco de agua al carro que estaba a su lado.

¡Oh, cómo deseaba hacerle todas las preguntas que se arremolinaban en su mente! Pero en el fondo no estaba seguro de querer saber las respuestas. Cuando Jennifer empezó a lavar su cuerpo indefenso, se dio cuenta de lo indefenso que estaba. Si querían ponerle pañales, poco podría hacer para evitarlo.

No dejó ni una sola hendidura, ningún lugar privado sin tocar, y no lo secó, dejándolo temblando en el aire fresco. Empezó a temblar más de miedo que de frío después de ver la navaja de filo recto en su mano. Tuvo que cerrar los ojos mientras la afilada hoja y sus barridos manuales alternados enjabonados recorrían su piel. Ella trabajaba hacia abajo desde su cuello y cada vez que usaba la esponja para lavar la espuma residual y los pocos pelos que escapaban de la navaja, él se sentía cada vez más desnudo. Cuando llegó a su ingle, él estaba llorando para que parara, pero ella lo ignoró. Cuando le dijo que abriera las piernas un poco más o que las sujetara de esa manera, él cooperó, percibiendo la inutilidad de la resistencia.

Apretó los dientes y se obligó a permanecer inmóvil mientras el frío acero le raspaba el pene y el escroto. Jennifer le estaba afeitando algo más que el vello corporal. Su propia personalidad parecía desaparecer con él y acumularse en el desagüe circular que había debajo de él, donde se acumulaba y se solidificaba. Cuando terminó, él colgaba inerte de sus ataduras, magullado por su sonrisa de satisfacción.

Ella lo soltó, aliviando así los calambres que sentía en los hombros. Él la siguió con paso aturdido hasta la habitación más grande. Ella lo hizo esperar mientras preparaba la mesa de obstetricia para él.

Un grito ahogado proveniente de la cuna ocupada le hizo darse la vuelta a tiempo para ver a la lastimosa Susan retorcerse contra sus ataduras en otra convulsión. Cuando levantó la vista y vio la pila de pañales de tela que Jennifer estaba preparando, algo en su interior rompió con su autocompasión y humillación. Alimentado por la adrenalina del miedo, se abalanzó sobre la desprevenida enfermera y logró rodearle el cuello con un brazo mientras con el otro buscaba frenéticamente la llave de la libertad. Había esperado que ella se resistiera y se sorprendió cuando se quedó sin fuerzas, esperando a que él vacilara. Tuvo que cambiar su peso para alcanzar el cierre del llavero y esa fue la oportunidad que Jennifer había estado esperando.

Al alcanzar la llave, él perdió el equilibrio y le dio a ella un punto de apoyo. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, ella se soltó de su agarre mientras le agarraba la muñeca derecha con ambas manos. Le retorció el brazo hacia arriba y hacia abajo hasta que se encontró cayendo. La alternativa era un hombro dislocado. Apenas estuvo de rodillas cuando una de sus manos encontró su escroto y le dio un apretón retorcido. David gritó para que se detuviera.

—Entonces, ¿nos entendemos? —gruñó—. Si vuelves a intentar algo así, te arrepentirás. Tal como están las cosas, te acabas de ganar un par de Ducolax. Ahora te vas a tumbar en la mesa, muy amablemente.

Esperó hasta que él asintió en señal de rendición y luego lo ayudó a ponerse de pie sin aflojar ninguno de sus agarres. La mano que tenía en su brazo se movió rápidamente hacia su garganta, amenazando con estrangularlo si se resistía.

No tuvo más remedio que subirse a la mesa, siempre consciente de las oleadas de dolor que cualquiera de sus manos podría infligir en cualquier momento. Sintió la tela amontonada